

El duende negro por RICARDITO TALMADGE



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 49

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.



WILLAT, Irvin S.

BIBLIOTECA TRÉBOL

EL DUENDE NEGRO

(THE CAVALIER, 1923)

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el célebre actor

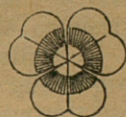
RICHARD TALMADGE, NORA CECIL,
BARBARA BEDFORD, DAVID TORRENCE
por

MANUEL NIETO GALÁN

Exclusivas : L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 : Barcelona

PROD. TIFFANY



Guió DE VICTOR IRVIN, SEGONS LA
NARRACIÓ 'THE BLACK RIDER' DE MAX
BRAND.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

EL DUENDE NEGRO

I

En medio de la fiebre de la civilización actual son como remansos de paz los modernos sanatorios para niños, donde el dolor no tiene un gesto de desesperación, sino que casi es alegre entre los besos del aire y las risas del sol.

El filantrópico doctor Ricardo Leland, a pesar de su carácter alegre y de su envidiable posición de millonario, no había olvidado el dolor de los pequeños que sufrían y ejercía su profesión con tan sublime abnegación, que le había convertido en el médico preferido por los niños.

En el momento que lo presentamos a nuestros lectores lo encontramos en la amplia terraza del sanatorio, ocupadísimo en convencer a uno de sus enfermitos para que tomase un medicamento.

El chico se negaba tenazmente a tomarlo, y Leland, después de agotados todos los cariñosos razonamientos, consiguió convencerlo diciéndole :

— Pero si es una medicina más dulce que la miel, tonto... Mira, yo mismo voy a tomar una cucharada y hasta repito si quieres.

El director del establecimiento, que con una enfermera contemplaba desde lejos la paciencia de Leland, al ver que el chico tomaba el medicamento dijo a su acompañante :

— Es tan buen médico como excelente enfermero. Lo que él no consiga de los niños no lo consigue nadie.

— Todos los pequeños le quieren con verdadero delirio — comentó la enfermera.

— Yo creo que en la curación de los niños juega un papel tan importante las risas como las medicinas — terminó diciendo el facultativo.

* * *

En el barrio aristocrático de la ciudad, la mansión suntuosa del doctor Leland era un motivo de envidia para sus colegas. El padre del joven doctor había legado a su hijo una montaña de dólares, pero le había legado también la obligación de conservar a su lado a Hugo Powell, su ayudante, un sujeto habituado a ocultar sus perversas intenciones con la máscara de la hipocresía.

Desde hacía poco, en la vida de Ricardo Leland se había introducido una mujer peligrosa : Raquel Weber, verdadera aventurera que se dedicaba a la venta de drogas y que

aprovechaba el tiempo admirablemente, entendiéndose a la vez con el señor y con el criado.

Raquel, valiéndose de su perversa coquetería, había conseguido adueñarse de la voluntad de Ricardo Leland, hasta el punto de que en ausencia de éste entraba en su casa, para ponerse de acuerdo con el criado sin suscitar sospechas.

Aquella mañana, mientras el joven facultativo hacía sus visitas de enfermo, entró Raquel en la casa de su prometido, y al ver a Hugo en el laboratorio le dijo maliciosamente :

— Te veo tan « trabajador » como siempre... Apuesto a que en estos momentos no te acordabas de que había en el mundo una mujercita llamada Raquel...

Powell, sin dejarla terminar la frase se acercó a ella y estrujándola entre sus brazos le dio un beso en la boca, pero ella, deshaciéndose del abrazo, lo rechazó sonriendo :

— Como ves, estoy prometida a tu amo y señor, y no es cosa de continuar haciendo tonterías.

Esta noche te ayudaré, pero será la última. Para lo sucesivo, búscate otra persona que te ayude a dar salida a las drogas del doctor... ¿De acuerdo?

— De acuerdo. ¡Pero! ¡ay de ti! si pronuncias una sola palabra que pueda comprometerme.

El ruido de una puerta que se abría separó

a los dos amantes y Raquel corrió a esperar a Leland, para decirle :

— He venido para que me acompañes esta noche al teatro... No todo ha de ser ciencia y más ciencia, señor doctor.

— Esta noche no puedo, Raquel. Tengo mucho trabajo.

— Dices que me quieres y prefieres estar con tus botes todas las noches, sin quererme dedicar unas horas una de ellas...

— Bueno... bueno, te acompañaré al teatro. ¿Estás contenta?

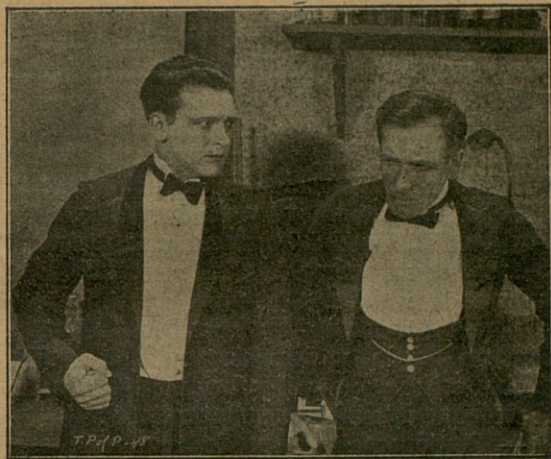
Y para demostrárselo Raquel le ofreció como premio el rojo de sus labios en donde Leland depositó un apasionado beso de amor, tan mal correspondido por aquella mujer.

En el momento de salir, aún tuvo tiempo la aventurera para decirle al criado

— Esta noche me lo llevo al teatro... Esto quiere decir que podrás « trabajar » sin prisas y a tus anchas.

En uno de los barrios bajos de la ciudad el doctor Nord había establecido una pequeña clínica en la azotea de su casa, donde tenía a varios niños enfermos, sin que ninguna subvención particular ni del Estado protegiese el pequeño establecimiento benéfico.

Era el ángel de aquel recinto de dolor, María, la hija del médico, que a sus muchos encantos físicos unía la dulzura de su alma pura e ingenua y cuyas manos santas aliviaban el sufrir de los pequeños pacientes.



¡Voy a avisar a la policía!

El doctor Nord había sido durante toda su vida un hombre comedido y ordenado que se había dedicado a la medicina con verdadera vocación, pero después de la muerte de su esposa había buscado el olvido en el fondo de las botellas de whisky, y el vicio funesto había truncado su brillante carrera.

En el mismo barrio, el café de Matías Sanders era el punto de cita de casi todos los personajes indeseables de la ciudad.

Sanders era uno de los individuos que se había distinguido siempre por su gran afición a guardarse todo lo del bolsillo ajeno y

su «secretario particular», Nicolás «El Sorbete» por su odio a los policías, a los jueces y a las cárceles.

A estos dos «puntos» se había dirigido Powell para la venta de drogas, en cuanto le faltó la cooperación de Raquel, y seguro de que su amo no volvería hasta bastante tarde, entró en el laboratorio para preparar a sus nuevos cómplices la mercancía que habían de vender.

Pero «el hombre propone y Dios dispone», dice un refrán, y Dios dispuso que aquella noche, cuando Raquel y Leland salieron del teatro, que éste dijera a su prometida:

— Perdóname que no te acompañe esta noche a casa, Raquel... Quiero volver temprano, pues tengo que hacer un experimento en el laboratorio.

Fueron inútiles las súplicas de la astuta mujer, y cuando llegó a su casa lo primero que hizo fué llamar por teléfono a la del doctor para avisar al criado de la repentina marcha de su amo.

Entraba Leland a su despacho cuando oyó el timbre del teléfono, y sin esperar a que saliera su criado, cogió el receptor y oyó la voz de su novia que decía:

— ¿Eres tú, Hugo?... — Aquella familiaridad con su criado no dejó de sorprenderle y fué mayor aún su sorpresa cuando oyó decir:

— Me ha sido imposible retener a Leland, y ahora está camino de su casa... Más vale



“El Duende Negro” era un bandido generoso...

que dejes para otro día el «trabajo», no sea que te vaya a sorprender...

— Abandonó Ricardo el aparato y fué en busca de su criado, para que le explicara

aquello del «trabajo» y después de recorrer varias habitaciones de la casa entró en el laboratorio y se lo encontró guardándose unos paquetes.

Con aparente serenidad fué extrayéndole de los bolsillos todo lo que llevaba y después exclamó :

— ¡Ahora me explico la desaparición de mis existencias de morfina y cocaína! ¡Es usted un ingrato y no tendré contemplaciones con usted! ¡Voy a avisar a la policía!

Pero antes que pudiera dar un paso recibió un tremendo golpe en la cabeza que le hizo rodar sin sentido.

Hugo, creyendo que le había matado, cargó con él, y en el mismo automóvil que momentos antes llegó su señor, lo condujo al mar y arrojó en él el cuerpo inanimado del doctor Leland.

Al caer al agua, la impresión del frío hizo volver a Ricardo Leland en sí y a nado consiguió llegar al pie de uno de los muelles y trepar por él sin que su criado se diera cuenta.

II

Volvía María Nord aquella mañana de hacer sus compras, cuando entró a desayunarse en un café y vió al lado de ella a un joven que estaba herido, que no era otro que el doctor Leland.

— ¡Oh!... ¡está usted herido! — exclamó la joven al ver el estado de inconsciencia en que se hallaba aquel hombre.

— ¿Quién lo ha herido? — preguntó.

— No sé lo que me ha sucedido... no lo sé... No me acuerdo absolutamente de nada — repuso el muchacho, quien por efecto del golpe recibido había olvidado toda su vida anterior.

— Venga usted conmigo — insistió María — le llevaré a la clínica de mi padre... Necesita usted que le vea un médico.

Y como quien conduce a un chiquillo, así el antiguo doctor Leland se dejó llevar por su simpática compañera a casa del doctor Nord, quien le hizo la cura y lo tuvo en su clínica hasta que estuvo completamente restablecido.

* * *

Poco después de la desaparición misteriosa del doctor Ricardo Leland, surgió un bandido audaz y de una agilidad sorprendente, a quien la fantasía popular bautizó con el nombre de «El Duende Negro», debido a su tétrico disfraz.

El golpe brutal de Powell había borrado todo recuerdo en la memoria del doctor Leland, creando en él, al volver a la vida, una triple personalidad, que unas veces se manifestaba en las audacias de «El Duende Negro» y otras en las ingenuidades de un sujeto in-

fantil, a quien el barrio entero conocía por el nombre de Ricardito.

« El Duende Negro » era un bandido generoso que, al igual de los otros legendarios, el dinero que sacaba a los ricos le servía para remediar la miseria de los pobres.

Desde que él frecuentaba la casa del doctor Nord, su pequeña clínica no carecía de nada necesario y en varias ocasiones María, que era la única que conocía la procedencia del dinero, le había dicho a su simpático amigo :

— Yo... verdaderamente... no debería tomar dinero de sus manos... pero como es para remediar los sufrimientos de mis enfermitos...

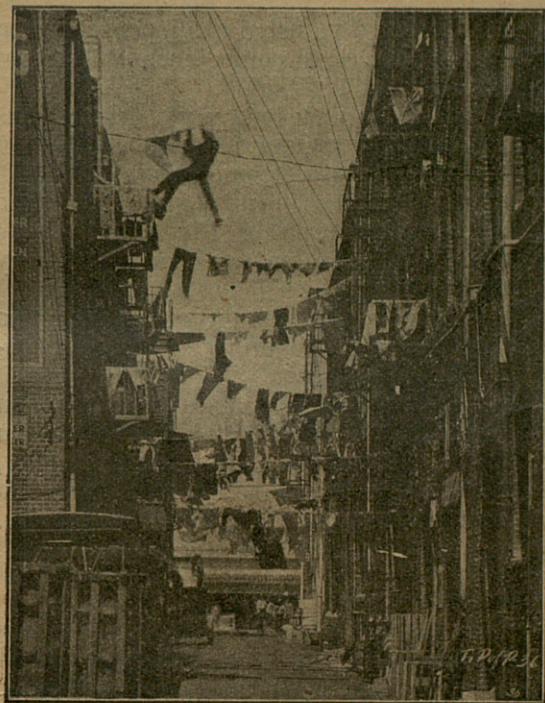
— ¡Oh! ¡No se crea usted que yo obro mal!... Hago, sencillamente, que los que tienen dinero, gasten un poco en obras de caridad.

Los ricos son desprendidos... cuando se les ayuda a sacar el dinero de sus cajas de caudales.

Y mientras la policía seguía infructuosamente la pista de « El Duende Negro », María y Ricardito se sentían ligados por una tierna simpatía que iba haciéndose cada día más fuerte y más dulce.

Los niños enfermos habían terminado por querer extraordinariamente al muchacho, que con sus bromas y saltos los entretenía tardes enteras.

Una de éstas, Ricardito, queriendo hacer alarde de su extremada agilidad, saltaba de un tejado a otro entre los gritos de alegría



Queriendo hacer alarde de su extremada agilidad.

de los chiquillos y los ayes de terror de María, que temía que en uno de aquellos saltos se rompiera la cabeza.

Cuando volvió a su lado le regañó cariñosamente diciéndole :

— ¡Un día se va usted a romper la crisma por querer hacerle la competencia a los aeroplanos!

— Por llegar a su lado y ver de cerca sus ojos vendría yo aunque fuese cabalgando en una nube — repuso el muchacho.

Iba ella a dejarse llevar por el sentimiento amoroso que le inspiraba Ricardito, mas de pronto recordó su anormalidad cerebral y contestó con los ojos llenos de lágrimas:

— Ricardito, cálese; no creo que haya una muchacha que pueda tomar en serio sus galanterías.

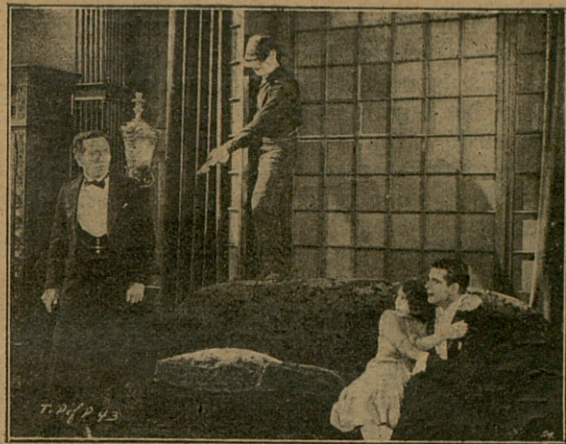
Y aun cuando sus labios pronunciaban estas frases, su corazón, más fuerte que su cerebro, la impulsaba hacia aquel hombre, cuya mirada franca y noble tenía para ella la misma fuerza que el imán sobre el acero.

III

Mientras tanto, en la mansión del doctor Ricardo Leland, Hugo Powell y sus compinches, Sanders, «El Sorbete» y Raquel, campaban por sus respetos.

Desde hacía tiempo Powell había prescindido del auxilio de Sanders y de su «secretario», y éstos, creyendo que los engañaban, se presentaron en casa del doctor para decirle a su criado:

— Con franqueza, Powell. ¿Por qué desde



Apareció entonces la figura del temido bandido

hace algún tiempo no quiere usted trato con nosotros?

— Escúcheme... Si yo llego a comprobar que con nosotros está usted jugando con dos barajas... ¡guárdese de mí!

— Aquí no hay engaño ninguno ni juego de dos barajas... — repuso Powell, algo intranquilo por la actitud de sus antiguos cómplices. — Hay, simplemente, que creo prudente suspender por ahora el negocio de drogas, pues la policía anda detrás de mi pista.

Y como si ésta acudiese al oírse nombrar, el timbre de la puerta sonó con insistencia.

Miró Powell por la mirilla y exclamó dirigiéndose a los dos hombres :

— ¡Es un policía! ¡Esconderos en esa habitación! No temáis nada, que yo lo echaré.

Aguardó un momento a que los dos piluelos cumplieran su orden y abrió la puerta al visitante, que preguntó por el dueño de la casa.

— El doctor Leland está ausente — respondió el criado.

— ¿Cómo podría usted confirmar eso?

— Si usted quiere puedo enseñarle una carta escrita de su puño y letra.

— Me gustaría verla. Enséñemela si quiere.

Desapareció el hipócrita criado y al poco momento apareció con una carta cuya letra imitaba perfectamente a la del doctor y decía :

« Querido Powell : No sé cuándo volveré, pues mientras no sienta el hastío pienso continuar viajando sin itinerario premeditado. Mientras dure mi ausencia, usted siga representándome lo mejor que pueda.

Un apretón de manos de su amigo

RICARDO LELAND. »

Dobló el policía la carta y la guardó en su cartera, mientras el criado le preguntaba :

— ¿Qué autoridad tiene usted para llevarse esa carta?

El agente le mostró su insignia de autoridad y le contestó por toda despedida :

— Se empieza a sospechar algo acerca de

la repentina desaparición del doctor, y quizá usted no es ajeno a esas sospechas. ¡Me parece que ya nos veremos otra vez!

Cuando momentos después Powell entró a la habitación donde se había escondido Sanders, éste le dijo, entregándole una carta :

— Si quiere usted reírse un poco, lea lo que he recibido esta mañana.

Cogió Hugo el escrito y a duras penas pudo contener una exclamación de asombro, al leer lo siguiente :

ÚLTIMO AVISO

Si usted o sus amigos vuelven a meterse en mis asuntos, tendrán que entenderse las con

EL DUENDE NEGRO

Claró está que el aviso precedente no rezaba con Powell, pero él, en aquella escritura, acababa de sorprender los rasgos de una letra que le era muy familiar : la de Ricardo Leland.

— Este es un tipo célebre... un tal Ricardito, que desde hace algún tiempo frecuenta mucho mi café — aclaró Sanders.

— Si ése es verdaderamente el hombre que me figuro, pronto tendré un buen trabajo para ustedes, amigos — repuso Powell. — Por ahora sólo les recomiendo que averigüen quién es ese Ricardito y que me faciliten

todas las noticias que puedan obtener acerca de su persona.

* * *

Al día siguiente, desde muy temprano, Sanders y su «secretario» vigilaban la clínica del doctor Nord, esperando que saliera de ella Ricardito, para sorprender sola a María y arrancarle, aunque fuese a viva fuerza, los informes que buscaban.

Llevaban ya un gran rato esperando cuando salió Ricardito, y exclamó Sanders viéndolo alejarse :

— Vamos a entrar, a ver si complacemos a Powell, haciéndole unas preguntitas a la enfermera de la clínica.

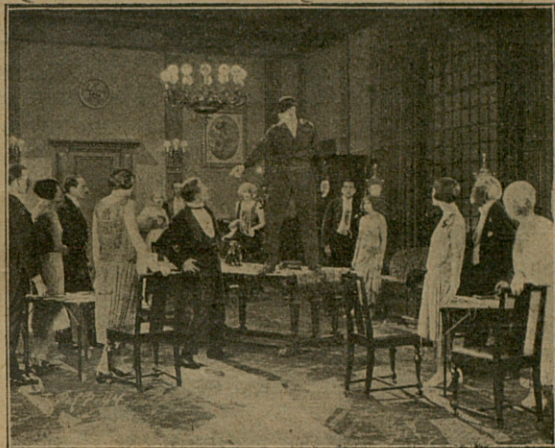
Sin temor alguno de ser sorprendidos, entraron a la casa y dirigiéndose a María, que no se había dado cuenta de la entrada de aquellos hombres, le preguntaron :

— Una pregunta solamente... ¿Dónde ha ido ahora su idolatrado Ricardito?

No tuvo tiempo de contestar la muchacha, puesto que «Sorbete» llamó la atención de su jefe entregándole una carta que había cogido en la mesa y que decía :

«María : Le mando algún dinero que he podido recoger para su clínica. Hubiera querido llevárselo yo en persona, para disfrutar la dicha de estar al lado de usted, pero me ha sido imposible. Luego la visitaré.»

RICARDITO. »



Acepto sus mil dólares, señor

— ¿Dónde está este dinero? — preguntó Sanders.

— Lo he gastado ya en medicamentos — repuso la muchacha.

— Bueno, entonces nos llevaremos éste — exclamó «Sorbete», que había abierto el cajón de la mesa donde estaba guardado el dinero.

— ¡Por caridad, no se lo lleven!... — suplicó María. — ¡Es para mis enfermitos, y bien sabe Dios cuánto lo necesitan!

— ¡Ah! ¡Pero usted no sabe que yo soy también un pobre enfermito!... — repuso, riéndose, el canalla.

Y sin hacer caso de las súplicas de la infeliz joven, se marcharon llevándose todo el dinero.

No habían hecho más que salir cuando entró Ricardito, y al ver a María llorando le preguntó :

— ¿Qué le sucede, María? ¿Ha vuelto su padre a beber?

— No, es que han entrado aquí Matías Sanders y su amigo y me han robado el dinero que usted me envió.

— No se apure por eso ; que ahora mismo voy a buscarlos y yo le prometo que antes de media hora tiene usted otra vez el dinero en su poder.

En efecto, minutos después, se hallaba Ricardito en el café, donde Sanders explicaba a sus amigos el «negocio» que había hecho aquella mañana de la siguiente forma :

— Os advierto que lo que menos pensábamos nosotros era apoderarnos de este dinero... pero es lo que yo digo : éste ha sido un buen golpe, y sin riesgo alguno... Ahora los dos estarán llorando el bien perdido.

En aquel momento se acercó Ricardito al grupo que formaban los cuatro hombres, y encarándose con Sanders, le dijo :

— ¡Venga ese dinero, canalla! ¿No se avergüenza de quitar el alimento a los pobres niños enfermos?

Y diciendo esto se arrojó sobre él, pero Sanders ya estaba prevenido y pudo esquivar



¡Manos arriba!

el golpe. Los otros se levantaron también para ayudar a Sanders y el muchacho se vió atacado por cuatro hombres. No obstante, su agilidad era tanta que, saltando de un lado para otro, evitaba que sus contrarios pudieran acertarle ningún golpe, mientras que él los repartía con una prodigalidad asombrosa.

En uno de sus saltos consiguió caer sobre Sanders, y aprovechó este momento para quitarle el dinero y huir con él a la clínica.

IV

La intranquilidad de Powell, desde que vió la letra de su antiguo señor, era grande, y al ver que sus amigos no le habían traído ninguna noticia de aquel individuo, fué en persona a buscar a Sanders, para que le enseñara a aquel sujeto que se hacía pasar por Ricardito.

Apostados en el quicio de una puerta Powell y su cómplice, vieron pasar al muchacho acompañado de María, y el antiguo criado exclamó :

— ¡Creo que ése es el hombre que yo me figuro! ¿Quién es la joven que le acompaña?

— Es la enfermera de una clínica no muy lucida... Parece ser que Ricardito la protege.

— Haga todo lo posible por llevarla a mi casa esta noche... Esa muchacha me interesa, para averiguar algo acerca de su amante.

Le advierto que no vaya a casa antes de las once, pues no estaré hasta esa hora.

* * *

La ocupación que Hugo Powell tenía aquella noche era la de asistir a una fiesta que se

celebraba en los aristocráticos salones de la señora Morton, donde se solía jugar cantidades crecidas.

Hugo había sido invitado, y mientras hablaba con la dueña de la casa se acercó una de sus convidadas y le dijo :

— No sé si he cometido una imprudencia al traer mis mejores alhajas... Me han dicho que «El Duende Negro» ha anunciado su visita.

— No tema, querida — repuso la señora Morton, para tranquilizarla. — Tengo la casa bien guardada por detectives privados y es imposible que «El Duende Negro» cumpla su palabra, por esta vez.

— Creo que con tantas precauciones me priva usted de un placer, señora... — intervino Hugo. — Tengo el capricho de regalar mil dólares al «Duende» si alguna vez le echo la vista encima, aunque dudo de poder encontrarlo.

De detrás de unas cortinas apareció entonces la figura del temido bandido, que gritó dirigiéndose a Hugo :

— Acepto sus mil dólares, señor. Así, el placer lo repartiremos entre los dos : mitad y mitad.

Su inopinada aparición sobrecogió el ánimo de cuantos estaban presentes y con la mayor serenidad se acercó a Powell, para exigirle que cumpliera su promesa.

No contento con esto, recogió cuanto di-

nero había por las mesas y de un salto se encaramó nuevamente a la ventana por donde había entrado y haciendo una profunda reverencia desapareció, después de despedirse irónicamente diciendo :

— Gracias, señoras y señores... Son ustedes muy generosos.

Había sido todo tan rápido, tan imprevisto, que parecía una alucinación, pero pronto comprendieron la realidad al ver que el dinero de las mesas había desaparecido y comprobar Powell que en su cartera había mil dólares de menos.

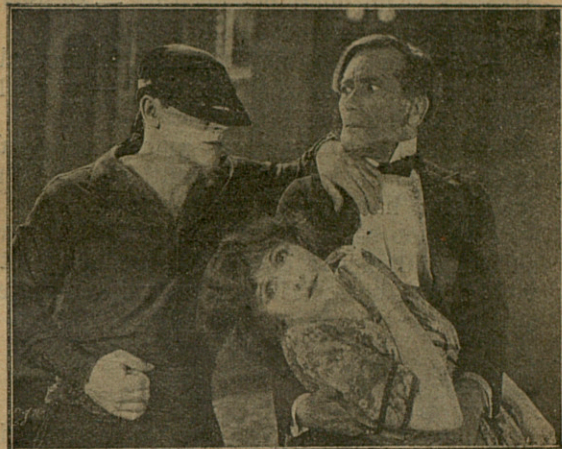
V

Cuando Ricardito volvió a la casa del doctor Nord, se encontró a éste que lloraba amargamente y que le suplicó :

— ¡Corra usted!... ¡Por Dios!... Sanders y «El Sorbete» se han llevado a María.

Al oír esto Ricardito, desesperado porque algo grave le pudiera ocurrir a María, corrió como un loco hacia la guarida donde Matías Sanders y sus cómplices planeaban todos sus golpes.

Comprendió el muchacho que en aquella ocasión era preciso emplear la astucia mejor que la fuerza, y antes de entrar colocó varias pistolas en las ventanas de la habitación donde estaban reunidos los hombres de San-



Antes que su joven amigo llegara...

ders, y hecho esto entró en la casa gritando, mientras encañonaba con su revólver a los que allí había :

— ¡Manos arriba!

Sorprendidos todos, por la repentina aparición miraron a su alrededor, buscando un sitio por donde escapar, pero al ver que por cada ventana asomaba el cañón de una pistola, se abstuvieron de hacer ademán alguno y esperaron a que hablara Ricardito que preguntó :

— ¿Dónde están Sanders y «El Sorbete»?

— ¿Y si no queremos decirlo? — se aventuró a responder uno de ellos.

— En ese caso mis hombres le meterán unas cuantas píldoras en el cráneo — y señaló hacia las ventanas.

— Han ido a llevar una muchacha al número 55 del Park Drive — contestó el mismo que había hablado en un principio.

Y cuando se dieron cuenta de que habían sido ridículamente engañados, ya Ricardito volaba, más que corría, para salvar a la mujer amada.

* * *

Al entrar Ricardito a su antigua casa, María le preguntaba angustiada a Powell :

— ¿Qué significa esto?... ¿Por qué me ha hecho usted traer aquí?

Antes de que su joven amigo llegara hasta el sitio en que ella se hallaba, para castigar a su secuestrador, vió aparecer a un desconocido, que deteniendo al muchacho le dijo :

— He andado buscándole por todas partes, Leland... ¿Dónde ha estado usted metido?

Al oírse nombrar por su propio nombre, los recuerdos de su vida anterior fueron apareciendo en su memoria hasta que al fin exclamó :

— ¡Ahora recuerdo... sí, ya recuerdo! ¡Este hombre fué el que me golpeó cuando yo telefoneaba a la policía!



Al oírse nombrar por su propio nombre...

— No se preocupe por este pájaro, que ya le daremos lo suyo — repuso el desconocido, que no era otro que un agente de la policía secreta. — Son muchos los delitos que lleva encima.

Raquel, que desde un lado de la estancia presenciaba la escena, recurrió a su coquetería para apoderarse nuevamente de la voluntad del aparecido doctor, pero éste, rechazándola energicamente, exclamó :

— ¿Sabe usted lo que pienso, señorita? Que es mejor que vaya a hacerle compañía a Powell a la cárcel, puesto que tan bien se entendían ustedes...

Y mientras los policías se llevaban a los dos culpables, Leland se acercó a María, que contemplaba atónita todo lo que pasaba, y le dijo :

— Gané algo con perder la memoria... Gané una esposa modelo... ¿No es verdad que la mujer que quiso a Ricardito sabrá querer al doctor Leland?

María no respondió, pero ocultando su lindo rostro sobre el pecho del hombre amado, le dió la mejor respuesta de que su corazón le pertenecía desde el primer momento que lo vió.

FIN

BIBLIOTECA TRÉBOL

LA COLECCIÓN CINEMATOGRAFICA MÁS INTERESANTE
Y MÁS BARATA : DE VENTA EN TODOS LOS KIOSCOS

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

1. El último varón sobre la tierra, por E. Foxe.
2. El poder del que es honrado; por W. Desmond.
3. Vivir de milagro, por Bebe Daniels.
4. Hombres en bruto, por Jack Hoxie.
5. El tributo del mar, por Anna May Wong.
6. Enamorada del amor, por M. de la Motte.
7. La dama pintada, por G. O'Brien y D. Macaill.
8. La marca de la vanidad, por Billie Dove.
9. Con la espada al cinto, por Martha Masfield.
10. Las hijas de la noche, por Orville Caldwell.
11. El Terco, por Tom Mix y Doris May.
12. Nuestras esposas, por Dorothy Phillips.
13. Idilio accidentado, por Wanda Hawley.
14. Por llevar la contraria, por Charles Jones.
15. Wing Toy, por Shirley Mason.
16. El rey del lazo, por Charles Jones.
17. Casado de paso, por Edmund Lowe.
18. El Temerario, por Reed Howes.
19. Por otra mujer, por Kenneth Harlan.
20. El exprés de media noche, por W. Haines.
21. El novio de Ultramar, por Shirley Mason.
22. ¡Adelante, Malacara!, por Tom Mix.
23. El niño prodigio, por Charles Ray.
24. Como aquella mujer, por Ricardo Cortez.
25. Cambio de identidad, por Jack Hoxie.
26. Maciste y su sobrino, por B. Pagano.
27. Por la senda del bien, por Cayena.
28. Creando un hogar, por Alice Joyce.
29. Oro y plomo, por Charles Jones.
30. Entre dos amores, por Hoot Gibson.
31. Al borde del desierto, por Charles Jones.
32. De vaquero a millonario, por Hoot Gibson.
33. Leal, por Tom Mix.
34. Las cuifas de una desposada, por Mildred June.
35. Bandolero por sport, por Tom Mix.
36. Los siete pecados capitales, por Margaret Livingston.
37. El vaquero y la condesa, por Charles Jones.
38. El deber contra el vicio, por Tom Mix.
39. Lobo de monte, por Charles Jones.
40. Ricardito enamorado, por Ricardito Talmadge.
41. El relámpago de Calgary, por Hoot Gibson.
42. Rectitud y valor, por Charles Jones.
43. La mariposa dorada, por Alma Rubens.
44. El traje de etiqueta, por Reginald Denny.
45. El caballero de Arizona, por Hoot Gibson.
46. La luz del cariño, por Tom Mix.
47. Juramento de soldado, por Charles Jones.
48. El toro bravo, por Fred Thompson.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

BIBLIOTECA TRÉBOL

LA COLECCIÓN CINEMATográfica MAS INTERESANTE
Y MAS BARATA - DE VENTA EN TODOS LOS KIOSCOS

- 1 EL GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall
- 2 YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason
- 3 EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen
- 4 EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes
- 5 EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes
- 6 MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert
- 7 PRÉSTEME SU MARIDO, por D. Kenyon y D. Powell
- 8 CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines
- 9 LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por S. Mason
- 10 LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie
- 11 AMAPOLA, por María Nerina y «Pitusa»
- 12 EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie
- 13 A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes
- 14 RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge
- 15 EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por D. Mac Kail
- 16 POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones
- 17 LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason
- 18 LA PUNTUALIDAD DE RICARDO, por R. Talmadge
- 19 ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones
- 20 LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix
- 21 ¿CASADOS? por Owen Moore
- 22 PALOMITA MENSAJERA, por Fred Thompson
- 23 LA HACIENDA DE LOS DUENDES, por Hoot Gibson
- 24 EL ETERNO MURMULLO, por Tom Mix.
- 25 UN SECUESTRO EN ALTA MAR, por House Peters
- 26 EL TERROR DEL MALPAIS, por Charles Jones
- 27 AL ABRIRSE LA PUERTA, por Jaqueline Logan
- 28 VENDAVAL, por Tom Mix
- 29 MANCHA POR MANCHA, por George O'Brien
- 30 SUEÑOS DE OPIO, por Ricardito Talmadge
- 31 EL MONARCA DE LA SIERRA, por Tom Mix
- 32 DON DEMONIO, por Jack Hoxie
- 33 VIA LIBRE, por John Bowers y Margarita de la Motte
- 34 LA LEY DE LOS PUÑOS, por Charles Jones
- 35 EL NIÑO DE TEXAS, por Tom Mix
- 36 EL HUERTO DE LOS DUENDES, por Charles Jones

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

Biblioteca Ilusión

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

- 1 GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall
- 2 YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason
- 3 EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen
- 4 EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes
- 5 EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes
- 6 MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert
- 7 PRÉSTEME SU MARIDO, por D. Kenyon y D. Powell
- 8 CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines
- 9 LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por S. Mason
- 10 LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie
- 11 AMAPOLA, por María Nerina y «Pitusa»
- 12 EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie
- 13 A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes
- 14 RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge
- 15 EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por D. Mac Kail
- 16 POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones
- 17 LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason
- 18 LA PUNTUALIDAD DE RICARDO, por R. Talmadge
- 19 ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones
- 20 LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix
- 21 ¿CASADOS? por Owen Moore
- 22 PALOMITA MENSAJERA, por Fred Thompson
- 23 LA HACIENDA DE LOS DUENDES, por Hoot Gibson
- 24 EL ETERNO MURMULLO, por Tom Mix.
- 25 UN SECUESTRO EN ALTA MAR, por House Peters
- 26 EL TERROR DEL MALPAIS, por Charles Jones
- 27 AL ABRIRSE LA PUERTA, por Jaqueline Logan
- 28 VENDAVAL, por Tom Mix
- 29 MANCHA POR MANCHA, por George O'Brien
- 30 SUEÑOS DE OPIO, por Ricardito Talmadge
- 31 EL MONARCA DE LA SIERRA, por Tom Mix
- 32 DON DEMONIO, por Jack Hoxie
- 33 VIA LIBRE, por John Bowers y Margarita de la Motte
- 34 LA LEY DE LOS PUÑOS, por Charles Jones
- 35 EL NIÑO DE TEXAS, por Tom Mix
- 36 EL HUERTO DE LOS DUENDES, por Charles Jones

Precio: 25 céntimos

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.